

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
© 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
© 1.25 cada semana.

Nº.
845

SANTORAL

- Dom. 28 † 15º Después de Pentecostés. Santos Agustín, obispo; Jenaro, Félix, Pelagio y Fortunato, mártires.
- Lun. 29 LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAPTISTA. Santos Bonifacio y Tecla, mrs.
- Mart. 30 Santa Rosa de Lima, Gaudencio y Félix, pbro.
- Miérc. 31 Santos Ramón Nonato, Paulino, ob.; Robustiano, Marcos, mrs.
- LUNA NUEVA a las 2.35 p. m.
- Juev. 1 Stos. Egidio, abad; Ana, profetisa; Terenciano, ob.

- Viern. 2 Santos Esteban, rey, Máxima, Antolín, Julián, Felipe, mártires.
- Sáb. 3 Santa Serapia, Eufemia, Dorotea, Tecla y Erasma, mártires.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 3, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 31 de que es Celadora la Srta. Zoila Astorga M.—
María Santísima es: «Alivio de acongojados, segura esperanza de desvalidos, verdadera Madre de huérfanos, bálsamo de cuantos adolecen, todo para todos.» (*Antigua Liturgia eclesiástica*).

Domingo XV después de Pentecostés

Evangelio según San Lucas—Cap. VII.

En aquel tiempo iba Jesús camino de la ciudad llamada Naín, y con El iban sus discípulos y mucho gentío. Y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; e iba con ella grande acompañamiento de gente de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido de compasión, le dijo: No llores. Y arrióse y tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon. Dijo entonces: Mancebo; Yo te lo mando, levántate. Y luego se incorporó el difunto, y comenzó a hablar; y Jesús lo entregó a su madre. Con eso quedaron todos penetrados de un santo temor y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo.

Aplicación moral

Bendigamos al Señor porque, afortunadamente para nuestros pueblos católicos, las mujeres sienten intensamente el generoso instinto maternal como una derivación de su fe y de su amor a Jesucristo, fundador del pedestal que las enaltece y dignifica; pero al mismo tiempo vigilemos por conservar en el alma femenina los principios cristianos que la hagan digna de las predilecciones de Jesucristo y continuadoras de la obra de redención social cristiana encomendada a las madres del Evangelio. Es preciso acentuar el sentimiento de las responsabilidades maternas y de los derechos morales imprescriptibles que Dios ha otorgado a las mujeres que comparten con el hombre, jefe del hogar, la gloria de la fecundidad. ¿Porqué las madres no han de tener derecho igual que el padre a la formación espiritual del niño y de la niña?: porqué han de señalarse a la madre límites arbitrarios en el terreno de la educación de la prole? ¿No ha sufrido ella desgarramientos físicos para dar a luz esos seres, y desgarramientos morales durante los largos años de la infancia que gravitan casi exclusivamente sobre ella? Y llegados los hijos a la pubertad bajo cuidados y solicitudes que ni se sepan ni se miden,

¿entregaría esa mujer al niño a funciones docentes impías e inmorales, o lo abandonaría al capricho de un hombre que no ha tenido hasta entonces más ingerencia en el niño que la necesaria para solazarse, sin ulteriores dolores ni preocupaciones? Sí, si es verdad que la educación es obra solidaria de la autoridad del padre y de la ternura adorable y consciente de la madre: que es una estafa indigna enajenar de la tutela maternal al joven, so pretexto de que ya es consciente y de que debe ser hombre fuerte; ninguno lo ha sido en el orden espiritual sino amparándose en el recuerdo del cariño de su madre: y quien diga lo contrario no es hijo, sino un parásito nacido de una peña, o un perverso incapaz de saborear los besos de pureza y de abnegación recibidos en la cuna. Toda madre cristiana debe saber que tiene garantizados los derechos de su maternidad por el Corazón de Cristo que tuvo madre a quien amó intensamente, que oyó el clamor de las madres que lloraban por sus hijos, que recibe sus lágrimas como oraciones sublimes y que pide, en retorno de los milagros que ha hecho para consolarlas y defenderlas y dignificarlas, que no abduquen tanta gloria, ni hagan dejación de

derechos sagrados en el hogar establecido por El, ni abandonen sus hijos al azar de una educación falsa, ni se empeñen en librarse de las cargas de la maternidad, porque con las cargas se desnudarían de su majestad, de la predilección de Dios. Que se preparen a tan altas funciones con la vida de piedad, y con la pureza: y echen de sí el desenfreno voluptuoso que es la preparación inmediata para el atrofiamiento del corazón y para el triunfo del egoísmo que las pondrá un momento sobre un pedestal de cieno, para caer luego en el montón, sin marido, sin hijos, sin honor y sin alma.

Acuérdense finalmente, las madres cristianas que el hijo resucitado de la viuda de Naín fue entregado a su madre, es ella la depositaria de los hijos: la vida que Dios les da y Jesucristo les devuelve está garantizada por el cariño de las madres.

EL COMUNISMO Y SU REMEDIO

IV

El hombre, según las sonoras frases del comunismo contemporáneo, es centro y fin de sí mismo, es dios o parte de Dios, en suma.

Siendo la propiedad privada, al sentir comunista, una real dependencia injusta, porque, destruyendo la igualdad individual, establece una denigrante esclavitud, debe desaparecer radicalmente, SIENDO TODO PARA TODOS, sin la humillante servidumbre y dependencias vigentes en la tierra... Este lenguaje comunista, antinatural e irracional, destructor del concepto libre del hombre, esclavo de un amo impersonal, descuellera por su alfisonante soberbia Luciferiana y campea por la esclavitud más ominosa, en la cual, como ha sucedido en Rusia, se esfuma la personalidad humana para proclamar el HOMBRE-BESTIA.

Tamaño absurdo y degeneración tan inaudita, fruto natural de la negación de Dios y de la tiranía de las pasiones, sólo puede desterrarse de las masas sociales, enseñándoles el concepto esencial del hombre, ser material y espiritual, que habiendo sido creado por Dios en justicia santificante, en inocencia y rectitud, con perfecta libertad para obrar el bien o ejecutar el mal, perdió, por su desobediencia y rebeldía, los dones de gracia, concedidos por el Omnipotente en los albores de su creación, nublóse, por esta causa su antes clara inteligencia, desapareció la santidad e inocencia originales, quedando su misma libertad débil e imperfecta y todo el hombre enfermo, inepto e inclinado al mal.

En estas circunstancias dolorosas, que afectaron profundamente todo su ser dual, espiritual y material, causando el más grande trastorno en todas sus facultades del alma en la cabeza de la humanidad y en todos los individuos de la especie humana, en ella existentes seminalmente, entendemos que el remedio único, radical, eficaz para la curación de tan grave dolencia, hállase solamente en Dios, su Creador y Soberano Redentor, que por dicha salud, desciende del cielo y asume la naturaleza íntegra y perfecta, es decir que sin mancha alguna en el seno virginal de María Inmaculada y sin dejar de ser Dios el Verbo eterno, Hijo Unigénito del Padre y consubstancial al Padre, se hace hombre.

Es de imperiosa necesidad, por lo tanto, para remediar las hondas miserias de la sociedad humana en las presentes circunstancias restaurar y renovar todas las cosas en Cristo Jesús, como enseña el Apostol S. Pablo, inoculando, por la acción eficaz e infalible de la Palabra divina, la fe perdida y abandonada, la cual, informada por la caridad sobrenatural, mediante la gracia de Dios, realizará él la justificación del pecador, lavando en la sangre infinita del Cordero todas sus manchas y restaurando con su savia vivificadora su vida languida y efímera en este mundo terrenal.

Para ello, como ya indicábamos en nuestro artículo anterior, en alas de nuestra imaginación subamos a la inmortal cumbre del Gólgota para oír las sublimes palabras de un Dios Hombre, que pendiente de la cruz ignominiosa, entre el cielo y la tierra, expía voluntariamente el crimen horrendo de la humanidad, el crimen individual y social de todas las generaciones desde el paraíso terrenal hasta el último día de los tiempos.

En aquella montaña funeraria, donde se consumó la obra más grande que los siglos presenciaron, está aun abierto el libro divino, que por los labios moribundos de Jesucristo nos trasmite su herencia legítima en solemne y público testamento.

Las sublimes lecciones del Mártir divino van directamente a las llagas del hombre y sobre su alma entenebrecida derrama esplendores sobrenaturales, que iluminan su entendimiento como iluminaron al buen Ladrón, que en aquella misma hora de la muerte de Jesús entra con él en el reino eterno de la bienaventuranza.

Cuando en el monte Moria, monte de la calavera, Jesucristo se compadece, cura y sana para la eternidad, los crímenes y pecados de aquel Ladrón, que justamente sufría y expiaba sus latrocinios, cuanto más se compadecerá de todos aquellos, que injustamente, al parecer, sienten sobre ellos, el peso abrumador de la desgracia, del infortunio, de la persecución, de la pobreza y de la miseria, si contritos y humillados oyen la voz de Jesucristo, que dulce y amorosamente los llama, diciéndoles: «Venid a mí todos cuantos estáis cargados y abrumados de aflicciones y miserias y os aliviaré». Pasarán los cielos y la tierra, pero la palabra de Dios permanecerá eternamente y sus promesas divinas serán cumplidas con bondad y misericordia infinitas.

Levante, pues, la humanidad sus ojos extraviados al drama del Calvario, mire y contemple a Jesucristo y oiga sus palabras en aquellos momentos de agonía. Tengo sed, dice el Redentor del mundo y aquella sed dolorosa, causada por las afrentas y los dolores de su pasión acerba nos muestran el deseo inmenso, infinito de nuestra salvación en el tiempo y en la eternidad, porque la obra de la Redención del hombre es la obra del amor, de la infinita caridad de Cristo, que nos amó hasta el fin, como dice S. Juan.

Frente al egoísmo avasallador, que corroe el corazón de los hombres, en medio de la codicia y de la usura, que a tantos devora, consume y atropella, sin consideración alguna ni a las lágrimas de una madre, ni al llanto desgarrador de sus hijos, cubiertos con el manto de la miseria, levantamos, una vez más, el lávaro santo de la Cruz, signo de triunfo y de victoria para cuantos a su amparo se acojan.

En esa manifiesta y pública expresión del más abnegado de los amores, en esos dulcísimos coloquios del Dios Hombre, que en aquella hora nos entrega a su propia Madre santísima y bajo su amparo nos coloca, debe aprender la humanidad el verdadero amor, la compasión y misericordia que enardecerá nuestras almas ante las desgracias y aflicciones de nuestros semejantes...

La obra de la omnipotencia divina, asombro de todas las generaciones, está superabundantemente cumplida por la Palabra misma de Dios, eterna Verdad: Todo se ha cumplido, todo se ha consumado, dice Jesucristo, antes de expirar, todo está acabado y hecho por parte de Dios, en los más mínimos detalles. Venció el amor a la muerte misma.

R. P. C.

IMPORTANCIA DE LA PRENSA

Grande es, sin duda, la importancia de la Prensa y maravilloso el influjo que este medio de propagación de las ideas ejerce en el desarrollo de toda vida individual y social.

La idea, ese destello que brota del entendimiento humano bajo el influjo de las imágenes exteriores, encierra en sí una fuerza potentísima que proyectada hacia el mundo de los espíritus, es capaz de transformar las conciencias de los hombres con rapidez maravillosa. Y no siendo la Prensa más que el vehículo moderno que conduce el pensamiento y la idea a millares de personas, fácil es comprender la presión casi omnipotente que este medio de propaganda de ideas y pensamientos—llamado por alguien cuarto poder del Estado, y que nosotros colocaríamos en primer lugar—ejerce en la vida y evolución de las Naciones.

Cada día que transcurre nos viene a proporcionar una nueva demostración de la influencia preponderante en que se está colocando hoy día la Prensa en relación con la sociedad.

El ilustre Manjón ha dicho que el libro, el folleto y la hoja volante son como «los pulmones de la acción social»; porque así como éstos constituyen en los individuos el fundamento de una vida más o menos saludable, según sea de puro o infectado el aire que por ellos se respira, así también será más o menos llevadera, agradable o perfecta la vida social, según sea la capacidad de sus pulmones—la Prensa.— y el aire puro o corrompido que por ellos se respire—las ideas.

La hoja de papel es aun más fuerte que una plancha de bronce o de acero, y la frase que en aquella se deposita resiste a la acción corrosiva de los tiempos. Los trabajos practicados con el buril el tiempo, poco a poco, los consume: las ideas desarrolladas con la pluma y propaladas con la Prensa, con el tiempo germinan y se desarrollan.

Y no hablamos precisamente de la Prensa en su sentido eminentemente tal, como es el Diario; porque entonces no tendríamos palabras adecuadas ni razones suficientes para encarecer su importancia. La Prensa diaria es la palanca más formidable que puede mover y sacar de quicios cualquiera institución social, si no es divina su fundación.

La Prensa diaria no cabe duda que es actualmente la maestra suprema de los pueblos. El libro se lee poco; pues el espíritu moderno vive, por lo general, de impresiones momentáneas, y su indocumentada superfluidad no puede siquiera soportar la lectura continuada de unas cincuenta hojas, al menos si éstas no tratan de asuntos novelescos e indecentes que, más o menos, halaguen el sentido y bajas pasiones de los hombres. El 95 por ciento de los lectores leen tan sólo los Diarios y algunas revistas.

El mejor autor de cualquier obra literaria (si no es de las que acabamos de señalar) o científica podría considerarse satisfecho si contara entre sus lectores aunque no fuera más que doscientos individuos; el peor Diario de una regular ciudad, aunque carezca de ciencia y de conciencia, tiene asegurado entre los suyos cuando menos cuarenta mil. La diferencia es abrumadora. Pero en realidad exacta.

No se puede negar que también el cine, el teléfono, etc. contribuyen con eficacia a propagar rápidamente las ideas; pero su influencia es menos permanente que la ejercida por la pluma del escritor. La impresión del cine es más fuerte, pero también es más fugaz; porque la viva imagen de una cosa es sustituida rápidamente por otra, que borra al momento la impresión de la anterior. Mas la Prensa graba en el papel las imágenes y las ideas, con lo que permite que éstas sean leídas y saboreadas con detención, lo que contribuye más eficazmente para que después sean transformadas en sentimientos y en acciones.

Por ello es la Prensa, y sobre todo la diaria, el factor más importante del progreso y de la paz y tranquilidad de las Naciones, ella es la que transforma con sorprendente rapidez el sentimiento de los hombres y sus ideas sobre las cosas. Así lo comprendió ya y lo expresó el ilustre tribuno y poeta español, Aparisi y Guijarro, cuando en su Discurso de 9 de Mayo de 1862 ante las Cortes Constituyentes hubo de lanzar esta frase, digna de un espíritu observador: «el hombre es hijo del periódico que lee todos los días».

Vista la suma importancia que hoy día tiene la Prensa para propagar las ideas, se deduce claramente el imperiosísimo deber que tienen los católicos de fomentar la buena; pues así como la mala Prensa contribuye a propagar ideas malas, que han de ser transformadas después y convertidas en delitos, crímenes y pasiones, de igual manera el buen periódico sirve para propagar eficazmente las buenas ideas que después han de ser transformadas en convicciones honestas y actos virtuosos y heroicos.

A. PÉREZ-GRANADO

EL VALOR

El valor es lo que más honra a un hombre.

Consiste en una voluntad firme, a la que no doblega el terror.

No debe considerarse como valeroso el que no siente miedo; sino el que sintiéndolo, afronta el riesgo con entereza.

El valor supone conocimiento perfecto del peligro, y conciencia íntima del deber y de la propia dignidad.

Un irracional no puede tener valor, porque no es capaz de tener conciencia. Por lo mismo un hombre que prescinde de su conciencia, no puede ser valeroso, aunque sepa arriesgarse por instinto o pasión.

Cuando el valor es fruto de la reflexión, se confunde con la magnanimidad. Si procede de la pasión, habrá de llamarse audacia. El primero es de mas mérito; porque el valor inconsciente no es valor, sino ímpetu brutal.

Aquel, suele ser perseverante; este es momentáneo.

El primero es cualidad de corazones nobles, este, de corazones vulgares.

Por eso los hombres mas cobardes suelen ser los más duros y tiranos si llegan al poder.

El despotismo y la intolerancia suelen ser el desahogo de los cobardes. A falta de carácter y de prendas personales, los déspotas quieren imponerse por el terror.

La magnanimidad de los martires del Cristianismo ha educado a la humanidad, incluso a los tiranos. Por eso las persecuciones de estos últimos siglos no son tan sangrientas como las antiguas. La tolerancia es una virtud moderna. El Evangelio ha necesitado muchos siglos para imponerla!

El verdadero valor no se conoce tanto por la audacia en el acometer, como por la serenidad en el resistir y en el sufrir. Es una equivocación llamar héroe al que acomete y no al que sufre calladamente.

El que se lanza a las llamas de un incendio por caridad, no puede compararse en valor, con el que ofrece mansamente la mejilla izquierda al sentirse herido en la derecha por un cobarde.

Son muchos los que ganan victorias en las luchas del cuerpo, mientras son unos cobardes en las luchas del espíritu.

Cambiar de opiniones y de creencias injustificadamente, es un egoísmo escandalosamente cobarde.

El valor reúne en sí la belleza moral de todas las virtudes. Un acto de valor es lo más sugestivo, lo más ejemplar.

Jesucristo quiso coronar la ejemplaridad de su vida y de su doctrina con el heroísmo de su muerte. Y esto le dió el triunfo sobre las almas.

POR QUÉ MUEREN LAS FLORES

¿Por qué mueren las rosas? preguntaba
A su madre una niña encantadora...
¿Aquella flor que tanto me gustaba,
Era mamita mía, pecadora?
Ayer la contemplé llena de vida,
Hoy la veo marchita y sin esencia...
¿Por qué murió mi flor, mamá querida?
¿Por qué hizo Dios tan breve su existencia?
Esto dijo la niña suspirando,
Una tarde feliz de primavera.
Quedó la madre un rato meditando,
Y a su hijita le habló de esta manera:
En el bello jardín del paraíso,
La muerte, ¡triste herencia! no existía,
Era un nido de paz, y el cielo quiso,
Que no hubiera una sombra en su alegría...
Las flores inmortales ostentaban
Eterna su fragancia y su belleza,
Eva y Adán felices admiraban
La espléndida y feraz naturaleza...
Envidioso Satán de su ventura,
Les induce al desorden y al pecado,
Y trocando su dicha en amargura
Quedó también el mundo contagiado.
Las fieras, antes mansas, ya furiosas,
Atruenan el Edén con sus bramidos,
Y las sombras invaden silenciosas
Los vergeles amenos y floridos.
Retumba el trueno, el rayo centellea;

El huracán los árboles azota,
Y nuestros padres tiemblan a la idea
De su castigo y de su dicha rota...
El mar rompe sus diques, y las olas,
Avanzan firmes con furor creciente,
Eva y Adán con su dolor a solas
A Dios elevan su oración ferviente...
La espada justiciera y vengadora,
Hiriendo en el Edén frutos y flores,
En el mundo dejó devastadora,
El sello de sus lívidos fulgores...
Por eso ves las flores marchitadas,
Por eso hasta las rosas purpúras,
Por causa del pecado transformadas,
Ocultan en la sombra las espinas...
Paraíso trocado en breve instante,
En triste valle de miseria, y duelo!
Se cerraron sus puertas de diamante,
Y la dicha fugaz tornóse al Cielo...
Mas si *Eva* delinquiró, no olvides, nena,
Que *María* nació para elevarnos,
Y el Divino Jesús selló la pena
Muriendo en una cruz para salvarnos...
Así dijo la madre, y la pequeña,
Dirigiendo a las nubes la mirada,
Sin saber si medita, reza o sueña,
Se quedó unos momentos extasiada...
Almitas que ignoráis los sinsabores,
Ya os conté por qué mueren las flores.

MAS DE DIEZ MIL CIUDADANOS SE ADHIEREN A FAVOR DE LA INSTRUCCION RELIGIOSA

Para dar más fuerza a tan justa petición, se pensó en recoger firmas en otras poblaciones de las más importantes del país. El éxito ha sido tal que a fines de mayo decía "El Tiempo" de San Salvador:

«Como lo esperábamos, la primitiva solicitud de los padres católicos capitalinos, ha sido acuerpada por los de las principales poblaciones de la República, y el entusiasmo despertado por ella ha sido tan grande, que en la actualidad son ya diez mil jefes de familia los que piden al gobierno la instrucción religiosa de sus hijos dentro de la escuela oficial.

«Presentada así la petición, creemos que el señor Presidente de la República, que en un principio—cuando no se trataba sino de unos cuantos padres de familia católicos de esta capital—se mostró tan bien dispuesto a hacer justicia a tan afinada demanda, que no puede ahora volverse atrás, cuando el anhelo que en el susodicho documento se defiende, va respaldado con la firma de diez mil ciudadanos salvadoreños...»

¿SON TAN MALOS LOS MICROBIOS?

Nada digamos de las personas que tienen su «higiene de conveniencia» para hacer escrúpulo de una cosa y no hacer ascos de otras, y que evitan tomar agua bendita por miedo a los microbios y después acarician al gato; de esas damiselas meticulosas que hacen ascos de besar una reliquia en la iglesia y no los hacen de besar al perrito; de las personas que solo ven (que ya es ver) microbios en la iglesia y no los ven en el cine ni en el teatro... De tales personas no vale la pena de hablar. Pero sí de las otras, de los sabios, de los higienistas más sinceros... y poco consecuentes. No sé si sabrán ustedes que un sabio ha descubierto que en un centímetro cúbico de fresa había 1.850.000 bacterias, casi todas de rompe y rasga, y en el mismo volumen de grosella 851.000... El descubrimiento era para aterrorizar... ¿Y ustedes

creen que el autor del descubrimiento dejó por eso de comer fresa? No, por cierto; lo cual prueba que o no tenía fe en su propio descubrimiento, o que no creía en la maldad de esas bacterias...

Más curioso todavía es el caso de Pasteur. Todos saben que el fuerte del gran químico y biólogo (y también su debilidad) eran los microbios. En cierta ocasión demostraba ante numeroso público los peligros gravísimos que corría aquel que no lavara las uvas antes de comerlas. Sus razonamientos eran contundentes. No había enfermedad que no pudiera contraer el que tuviera ese feo vicio de comer las uvas sin lavarlas... pues aseguraba que la piel de las uvas era una guarida de microbios pésimos, dispuestos a dar por traición la muerte a aquel que inocentemente los tragara... Para que la demostración fuera más eficaz, el sabio tenía sobre la mesa un vaso de agua, y en ella iba lavando las uvas, y los dedos también... que aunque fueran dedos de un sabio no consta estuviesen sujetos a rigurosa asepsia. El auditorio escuchaba embelesado y convencido. Tal era el terror al microbio que había logrado infundir a los oyentes, que todos preguntaban para sus adentros qué se haría, después de la conferencia, con aquel vaso de agua en que millones de microbios estaban rebulléndose iracundos... Sin duda ese vaso de agua sería llevado lejos... muy lejos... para que aquellos pérfidos microbios no pudieran vengarse...

El discurso había terminado. Pasteur sintió algo secas las fauces... y ¡qué horror! cogió rápidamente el vaso en que había lavado las uvas y los dedos... y se lo bebió de un trago... ¡el sabio se suicidaba!

Pasteur se retiró muy tranquilo. No pasó nada, sino que toda la conferencia se ahogó en aquel vaso de agua.

Pasteur siguió viviendo muchos años.

Imp. «EL HERALDO», Cartago